El terror y sus víctimas

ANTONIO ELORZA

Toda solución legal favorable para los presos debe ir precedida de una declaración inequívoca de responsabilidad por parte de la izquierda abertzale, soporte durante décadas del terror, y de los propios presos que deseen ver mejorada su suerte

La alegría fue general. Todos esperábamos que antes o después se acabara la pesadilla de ETA, habida cuenta de su desmantelamiento por la actuación convergente de las fuerzas de seguridad españolas y francesas. Cierto que no ha habido autodisolución, sino «cese definitivo», pero a pesar de unos antecedentes de las anteriores 'treguas' y los 'alto el fuego' que invitaban a la cautela, el anuncio fue visto aun por los más pesimistas como el principio del fin. Las respuestas del Gobierno y de las organizaciones democráticas estuvieron a tono con la situación. Satisfacción ante el comunicado, constatación de que se trataba de un triunfo del Estado de derecho, insistencia en que no habría recompensa política alguna y que nada debía agradecérseles a unos terroristas que tanta sangre habían derramado.

Hasta aquí, todo en orden. Solo que ya al día siguiente el cielo azul comenzó a nublarse. La izquierda abertzale, esa corriente de opinión que no es Batasuna según el Constitucional, puso de manifiesto que la nueva etapa no estaría presidida por la concordia, sino por la insistencia en los mismos objetivos por los que venía pugnando ETA: amnistía, fin de la Ley de Partidos, «derecho a decidir». Como la propia ETA, no se trataba de plantear la renuncia al ejercicio del terrorismo, sino de considerar que la decisión de la banda terrorista era el punto de llegada de medio siglo de una actuación patriótica que ahora culminaba. La política de paz era una continuación de la política de guerra por otros medios. Y en el discurso oficial faltó la prolongación lógica de la celebración inicial. Ni siquiera ahora se ha conseguido el mínimo de una celebración unitaria. La autodisolución fue olvidada y fue olvidada también la exigencia de reclamar que al comunicado siguiera antes o después el anuncio de la entrega de las armas, premisa indispensable para que el regreso al terror no tuviera lugar. Las víctimas no fueron olvidadas en el discurso democrático. Les fue rendida pleitesía y se reiteró que su memoria seguiría siempre viva entre los demócratas. Pero la infracción al orden estuvo desde un primer momento ahí, al dar prioridad al tema de las posibles mejoras para los etarras presos sobre las exigencias derivadas de ese reconocimiento hacia las víctimas. Y desde entonces hasta hoy ambos temas siguieron su camino por vías separadas.

:: JOSE IBARROLA

Bajo la presión nacionalista, con el PNV a la cabeza en el orden institucional, el tema de los presos ha pasado a primer plano. No solo eso, sino la supresión de la Ley de Partidos y la resolución definitiva del problema vasco, que al parecer tendrá lugar en 2015 con «la restauración de la soberanía originaria». El hecho de que esta no haya existido nunca en la historia no le preocupa al líder jeltzale, del mismo modo que cree a pies juntillas en que hubo un hombre vasco habitando los Pirineos desde la Prehistoria. Son las ventajas del mito. Así que condenemos a ETA, confirmemos su fracaso, pero démosles a los terroristas las ventajas derivadas de haber dejado de serlo, poniendo al mayor número posible desde ya en la calle.

El que por desgracia tiene las cosas claras es Otegi en su carta. Desde su «hemos» inicial, su mundo sigue dividido en un 'nosotros', vinculado indisolublemente a «los compañeros y compañeras que no podrán disfrutar de este momento», léase los etarras muertos en su patriótica lucha, y 'ellos', quienes practican «el saqueo de nuestros derechos nacionales». Para las víctimas, sin nombrarlas, «mi respeto». Nada de pedir la disolución de ETA, a quien felicita, ni expresar el rechazo que fue obligado en Sortu: ya no hace falta, es «inmaduro». Otegi pertenece inequívocamente a un campo, el del terrorismo, aunque sea un terrorismo al que ya no le conviene matar. Y como el Fidel Castro encarcelado que recomendaba cordialidad con todos para luego aplastarlos, Otegi propone «sonreír, ahora». Es tiempo de ganar.

No es cuestión de proponer como contrapartida un rechazo a la futura solución del problema de los presos dentro de la ley, pero sí de tener en cuenta que el problema de las víctimas es político, además de moral y humanitario. Las víctimas no necesitan que se les echen flores todos los días por parte de los demócratas, sino que en Euskadi se restaure un orden de justicia, lo cual a su vez requiere que toda solución legal favorable para los presos etarras sea precedida de una declaración inequívoca de responsabilidad por parte de la izquierda abertzale, soporte durante décadas del terror, y de los propios presos que deseen ver mejorada su suerte. Los monumentos por sí solos no bastan, si por intereses políticos a corto plazo los demócratas no concretan su terminante rechazo a la táctica puesta en marcha por Bildu de desplazar el problema a la situación de unos terroristas encarcelados que solo esperan el momento de volver en triunfo a sus pueblos. Sin olvidar, ni arrepentirse de nada. Como sucede con la entrega de las armas, aquí no hay término medio.

La reconciliación es evidentemente deseable, conviene recordar que tanto en Euskadi como en el resto de España lo que la mayoría de la población desea es pasar página respecto de un terrorismo que tantos creen definitivamente superado. Por eso la intransigencia de las víctimas, cualesquiera que sean –no hay una sola asociación– resulta para muchos molesta, incluso expresión de un deseo de venganza, como alguien dijo con expresión tan miserable como la de aquellos que hablaron antaño del exhibicionismo de los amenazados por ETA. En realidad, las víctimas seguirán frustradas, suceda lo que suceda: nunca harán regresar a los suyos de la muerte. Y su irritación es lógica al ver el curso que van tomando las cosas frente a la exigencia de justicia. Sin que ello obligue a compartir planteamientos que pueden desviarlas de su objetivo principal.